

¡POR ULISES!

Durante veinte años compartí con don Higinio Jodra el entusiasmo por La Odisea que él me transmitió cuando fue mi profesor. Por indicación suya realicé un trabajo sobre "La nostalgia en la obra de Hornero" que, según me confesaría, resultó decisivo para hacerme un hueco en el departamento de Clásicas, donde trabajo desde que me licencié. En la Facultad es reconocida unánimemente su autoridad como experto en Cultura Helénica y muy en especial sobre La Iliada y La Odisea de las que recita capítulos enteros de memoria y a las que tantos estudios y prólogos ha dedicado.

Precisamente por ello, porque era un hombre que se movía con soltura en los círculos académicos y editoriales, nos extrañó que, al jubilarse, decidiera hacer las maletas y regresar a su pueblo, como si todo ese largo periodo, casi cincuenta años en Madrid, no hubiera sido más que un tránsito. Es verdad que estaba soltero y que, desde que le conocí, pasaba largas temporadas de vacaciones en su pueblo, donde había acondicionado la vieja casa familiar, transformando la habitación más amplia y soleada en una rebosante y acogedora biblioteca. Pero, aún así, no dejaba de resultar extraño imaginar a don Higinio, uno de los mayores especialistas en cultura clásica, recluido en un pueblo alcarreño de cuatrocientos o quinientos habitantes donde, a duras penas llegaría el periódico. Claro que, pensándolo mejor, acaso no hubiera mngán contrasentido en su decisión. Al fin y al cabo, a ese tipo de vida retirada y bucólica invita Horacio en sus poemas, otro autor por el que siempre mostró debilidad.

Cuando se jubiló, yo mismo me encargué de organizarle una comida de homenaje a la que asistimos todos los compañeros del departamento, en algunos casos con las mujeres o maridos, ya que, por su condición de soltero y su afabilidad, cualquier disculpa le parecía adecuada para llamarnos por teléfono y presentarse en casa dejándose luego invitar a cenas improvisadas sin que tuviéramos que insistirle. De modo que conocía a los maridos y esposas de los miembros del departamento. Y, en consecuencia, a nuestros hijos, que le tomaban como una especie de tío abuelo dicharachero y obsequioso por las generosas propinas que les dejaba al despedirse.

En aquella comida de homenaje, a los postres, cuando le entregué el reloj de plata grabado en el envés con esa frase latina, "ubi spíritus ibi libertas", que no se le caía de la boca, tomé la palabra por indicación del resto de los compañeros y me extendí unos minutos para elogiar su espíritu cordial y para manifestar la admiración

unánime que despertaba en cada uno de nosotros. Eran palabras sinceras a las que respondió con esa campechanía informal del compañero al que haces un elogio tomando un café, mejor, uno de sus eternos poleos, en la cafetería de la Facultad:

--No me vengáis con martingalas. Os agradezco el convite, pero no quisiera ponerme trascendente como si esto fuera un velatorio anticipado con tanto panegírico. Sabéis que soy un guerrero y que voy a seguir dando la lata. Además, mi pueblo no pilla tan lejos de Madrid, una hora escasa; os espero por allí, no en avalancha, pero sí uno a uno, familia a familia, mi casa es grande y en mi corazón no anidan las mezquindades.

--¿De quién es eso? --le interrumpió Adelaida, una joven profesora ayudante recién incorporada.

--¿A qué te refieres?

--A lo último, don Higinio; me suena mucho lo de "mi casa es grande y en mi corazón no anidan las mezquindades".

--¡Caramba! --se quedó un momento contrariado antes de reaccionar. Yo no hablo por boca de ganso. Eso es mío, lo acabo de improvisar.

Y ahí quedó interrumpido su discurso. Nos reímos de la ocurrencia de Adelaida y la conversación tomó nuevos derroteros.

Creo que nadie en el departamento pasó por su pueblo pese a su insistencia cada vez que volvía por Madrid, dos o tres veces al trimestre.

Supongo que se aburriría. De otro modo no nos explicábamos que le hubiera dado al año siguiente, así nos lo hizo saber, por meterse en política. Parecía eufórico con los nuevos planes.

--¿Y qué piensa hacer por su pueblo? --le pregunté la última vez que visitó el departamento.

--Transformarlo --me dijo muy convencido--, acabar con la inercia de siglos de rritina y barbarie.

No sabía entonces si aquella frase era fiitto de la retórica política que ya se le hubiera contagiado o de una vieja ilusión soñada en secreto.

Supimos más tarde que había sido elegido alcalde. Y nos alegramos.

--Así estará entretenido --comentó el profesor Cortina.

De lo demás, de lo que vino después, nos fuimos enterando por los periódicos.

Ignoro como convencería a sus concejales, pero la primera vez que salió en los periódicos fue por una insólita declaración de fraternidad de su pueblo con todas y cada una de las islas griegas. Un pueblecito alcarreño hermanado con las ciento y pico islas. Imagino que sería una declaración unilateral. Supimos luego que si no había abolido en el registro civil la nomenclatura cristiana, sí hacía mucho hincapié para que a los pocos niños y niñas que nacieran se les asignaran nombres de los personajes de resonancias helénicas como Laertes, Sócrates, Tiresias, Fidas, Circe, Nausica, Calipso... Pero aquello era tan sólo la punta del iceberg.

Había conseguido transmitir tanta pasión por Homero a sus paisanos, que propuso que, durante las fiestas patronales del verano, el pueblo dedicara un día a representar La Odisea. Troya sería la ermita e Itaca el ayuntamiento. El profesor Jodra, nadie se lo iba a disputar, asumiría el papel de Ulises. Convirtieron el término del pueblo, tierras de labrantío, en un mar proceloso, fundidos el Egeo y el Mediterráneo, por el que navegarían los esforzados marinos a bordo de coches viejos a los que un equipo de atrezo formado por mujeres entusiastas, habían colocado sobre el capó, una vela tosca realizada con listones de madera y lienzo moreno para transformarlos en naves. Un grupo de muchachas adolescentes asumirían el papel de sirenas retozantes en un soto, al pie de una fuente. El papel de Nausica lo encarnaría Silvia Tomás, una bellísima estudiante de Historia del Arte, de ventidós años, que veraneaba desde niña en el pueblo y a quien también le había sido contagiado el fervor por la obra de Homero. La mayoría de los hombres serían guerreros y marinos, aunque algunos adolescentes apuestos se inclinaron por el papel de pretendientes. El alguacil, un hombre achaparrado y ventrudo, se empeñó en ejercer de Polifemo; las mujeres del atrezo le pintaron un enorme ojo en la frente y le ciñeron sobre los ojos un pañuelo trasparente para velarle la vista, le auparon sobre zancos enormes y le vistieron una túnica.

Hubo ciertas dudas hasta que asignaron el papel de Telémaco, "hijo de un varón excelso", a un muchacho rubicundo y atlético que resultó muy verosímil. Pero el papel que más problemas acarreó fue el de Penélope. Tenía que ser asumido por una mujer que rondara la cuarentena, pero capaz de despertar ilusiones en los pretendientes más jóvenes, una mujer, por lo tanto, atractiva, como "una diosa de brillantes ojos". Se descartaron varias treintañeras, mejor dicho, el profesor Jodra las disuadió para proponérselo a la secretaria del ayuntamiento. Era una mujer camal y exuberante, cercana a los cuarenta, casada con un

industrial hostelero. Vivía en Guadalajara y cada día se trasladaba al pueblo del profesor para cumplir con eficacia y profesionalidad su cometido. Al parecer, la secretaria mostró alguna reticencia inicial, pero el profesor consiguió persuadirla.

Durante los días previos realizaron varios ensayos parciales, tratando de fijar los diálogos, pero sin el rigor que habría requerido una obra de teatro convencional, es decir, dejando siempre un margen para la improvisación.

A las once de la mañana del día señalado zarpaban las naves desde el puerto de Troya hacia Itaca. Luego, los escenarios cambiantes por las islas y el piélago proceloso, dieron lugar a un desarrollo errático, con espectadores que se movían en masa por las márgenes del propio escenario siguiendo las peripecias de los protagonistas por caminos y rastrojeras. Si la representación seguía los pasos previos, terminaría con la luz del crepúsculo, celebrándose a medio día un banquete en el palacio de Antinoo con sacrificio de puercos asados a la parrilla para los actores y los espectadores fundidos en un solo pueblo durante el receso. Naturalmente, a un acontecimiento cultural de tanta trascendencia, estaba invitada la prensa provincial y se sumaron también muchos curiosos y desocupados de los pueblos cercanos.

El profesor Jodra, con toda La Odisea en la cabeza, no necesitó hacer ejercicios de retentiva. Y, al parecer, conforme se iba desarrollando la acción se metía más y más en las hechuras del personaje, dotándole, a pesar de sus años, del coraje y la astucia propia del héroe al que encarnaba, sin que le rindiera el cansancio por el esfuerzo y la tensión continuada. Al contrario, enardecido por el decurso de la acción, llegó a Itaca al atardecer, es decir, a los soportales del ayuntamiento, como un verdadero mendigo cubierto de harapos. Bajo esa apariencia artera fue objeto de mofa por parte de los altivos y despilfarradores pretendientes a los que, finalmente, dejó boquiabiertos con su destreza en el manejo del arco y su oratoria portentosa.

Acaso Ulises llegó a su propio palacio embriagado por el aplauso del público, crecido por la buena marcha de la representación. Lo cierto es que, libre ya de pretendientes, solo frente a Penélope, que le tendía acogedora los brazos, el profesor se abalanzó sobre la secretaria poniendo tanta fiebre en aquel beso en la boca que nunca antes había sido ensayado, que más que la representación mesurada de una obra clásica, aquella escena parecía el desenlace de una película de pasiones desenfrenadas. Pero acaso, sobre este particular, exagere el cronista.

El marido de la secretaria, y aquí no hay exageración, un hombre vigoroso y fornido, se revolvió entre el público como un jabalí herido, arrebató el remo que portaba uno de los actores secundarios y, lleno de ira, lo descargó sobre la cabeza del profesor, dejando inconclusa la representación y arrastrando a don Higinio hasta la planta de Tratimatología del hospital provincial donde le acabo de ver, toda la cabeza vendada, y el entendimiento dando muestras de mucho extravío. Los pormenores de la representación que hasta aquí llevo escritos los he extractado de una crónica a toda plana firmada por Aníbal Olmos en un periódico de Madrid esta mañana; la crónica lleva una foto en la que se ve a Ulises atado a un mástil estrafalario y, al fondo, las sirenas, unas adolescentes en bikini. Me he puesto en marcha de inmediato para visitarlo. Me gustaría conocer la versión del propio profesor, aunque me temo que su cabeza es un piélagos proceloso y, de momento, no se encuentra en condiciones de aclarar nada.

Recuerdo que mi mujer solía hacer un comentario cuando don Higinio se despedía de nosotros en casa: "Tanto delirio por Ulises no puede ser bueno". Pienso ahora, con pena, que acaso no le faltara razón.

AUTOR: Ignacio Sanz. (Segovia)